



## Los finales alegres

*Estimado/a lector/a:*

**D**espués de [la carta de Pereiro de la semana pasada](#) —escalofriante, en la que Pereiro hablaba de la vida, es decir, de los hijos, esa cosa que todo el mundo tiene aunque no tenga hijos; los hijos son esas personas que crecen a tu alrededor, y que tampoco son dueñas de su destino—, esta sección de cartas al lector debería reconvertirse y remitir al lector cartas en modo «llueva o haga frío o calor / le desea feliz año / el cartero, su servidor». Y quizás eso es lo que tendría que estar haciendo en este preciso momento —de hecho, he llegado a escribir «llueva o haga frío o calor / le ruega no salir de la pista / su fiel amigo, el periodista»—, pero, en la duda, he tirado hacia el tema que me ocupa. El final de la legislatura, que puede incluso acabar en la fecha señalada. Las fechas señaladas, en fin, son de tan mal gusto como ir por ahí señalando, esa actividad que tanto ofendía a nuestras mamás.

Todo, en fin, se ha ido al garete con el *cerdangate*. Esto es el final, amiguitos. En tanto que conductores de carritos del *helao*, todo el mundo sabe que hay pocos límites en la vida. Salvo dos, a saber: a) el propio límite de la vida, innegociable, y b) que te pillen en la materia, oficio, o circunstancia que sea, que da igual, pero con el carrito del *helao*. Cuando eso se produce, es el momento del adiós, por decirlo a lo fino y de manera lírica. En este caso, adiós al Gobierno de coalición. Que cuando acabe esta legislatura —mañana o en un año—, definitivamente tiene pocas posibilidades de ser reeditado, al menos, en el momento en el que escribo todo esto. Por dos motivos. El PSOE y la izquierda del PSOE. Dos colectivos que han quedado retratados, tal vez de manera definitiva, en lo que son sus dos mayores, propias y diferenciadas características. Por el tercio PSOE, la financiación, la vida de los adultos, el contemplar el neoliberalismo como animal de compañía. Por el lado espacio Sumar-Podemos, aquello que Estanislao Figueras, federal y uno de los 2.000 primeros presidentes de la I República, describió como tener «els collons plens de tots nosaltres» —por si necesitan traducción, recuerden que *els* son los—.

Los adioses son duros, decía. Lo sabemos porque se producen constantemente. Pero, por eso mismo, sabemos que las personas se miden por su capacidad de decir adiós. Como sucede en las separaciones, ese acceso salvaje al adiós, se puede decir adiós matando y jurando en arameo, pero también se puede decir adiós facilitando la retirada, tendiendo puentes de plata, posibilitando la vida, empezando por la de uno mismo. Y, claro, posibilitando también el reencuentro en otro contexto. Por eso aprovecharé esta carta para plantearles un tipo de adiós que nunca hemos planteado en la política, esa cosa que, en pocos años, ha pasado a ser sensacional. Es decir, algo sustentado en sensaciones, ese mal rollo.

Lo vivido ha tenido sus cosas buenas. Bifo, un tipo sexi e indepe, ha planteado este gobierno de coalición como una izquierda, con sus cosas, efectiva y existente. En tan solo los últimos días y horas, previas al cerdancidio, ese Gobierno estaba planteando un Ley del Poder Judicial lo suficientemente extraña como para alinear en un solo bando al Judicial, al PP, a la UCO y a Felipe González —sólo faltaba una señora con mantilla y 20.000 unidades de regulares para que esto fuera una cruzada—. Este Gobierno plantea también una regulación masiva de inmigración —esto es, [lo contrario a lo que está haciendo Trump](#), y lo contrario a lo que haría/hará la extrema derecha local; aún falta mayoría parlamentaria para ello, que PNV y Junts se lo están pensando—, lo que supondría la normalización de conciudadanos que no lo son porque no les dejan. Lo de la solución a la cosa Gibraltar ha sido también exótico. A saber: se garantiza la libre circulación de mercancías, como casi siempre. Pero, y he ahí la novedad, también la de personas. Sin banderitas, sin nacionalismos, se ofrece una solución a un colectivo de gibraltareños y españoles que cada día deben cruzar la frontera para cosas como vivir o dormir. O/y que precisan de la existencia de Gibraltar para vivir en una de las zonas más pobres no ya de España, sino de Europa. Añoraremos toda esa ausencia de adjetivos patrióticos para acotar cualquier problema. Pero, en fin, es la hora del adiós. Para practicarlo, y este es el sentido de estas líneas, les propongo despedirnos de todo ello como nunca lo hemos hecho.

Por ejemplo, a) sin odio. Se me ocurren muchos responsables del sinsentido del PSOE y del sinsentido de la izquierda a este lado del río Pecos. Pero, como sucedió después del 78, me niego a volver a hacer como mis papás y vecinos, e invertir más de 25 años en rabia. Olvidémosles. Olvidemos incluso lo que nosotros mismos tenemos de todo eso. Cuando nos den la brasa, cuando quieran seguir existiendo, simplemente, sonriamos, como cuando llaman a la puerta y te quieren dar una *Atalaya*. Y seamos amables. Y, al final, cerremos la puerta. Despidámonos sabiendo que b) la política tampoco es tan importante. La extrema derecha se hará notar, nos cambiará la vida a escala 1:1. Pero recordemos que también es importante la vida misma, lo que hagamos en ella, nuestras elecciones, nuestras asociaciones. Hagamos política fuera de la política y no confiemos mucho en ella en esta travesía del desierto. Hagamos de c) lo que ha pasado. Es necesario para que no se repita. O, al menos, para que no se repita tanto, de manera fatal y con tanta rapidez. En el lado PSOE se trata de una dinámica anterior a este PSOE. Y lo mismo en el lado del *pack* izquierda. Por ello mismo, desconfiamos de las organizaciones y de sus líderes, esas dinámicas innegociables, al parecer. No los mitifiquemos. Las ideas que no se organizan, mueren, en efecto. Pero las que se organizan verticalmente y de forma autoritaria suelen morir antes y de risa, de la risa que provocan. La próxima vez, el próximo ciclo —no tardará cuarenta años; los ciclos se apelonan, parece—, intentemos organizarnos no desde los aparatos, sino desde cacharros más horizontales. Desde el buenismo antes que desde el malismo, que ha vuelto a no funcionar, como siempre. Hagamos, incluso, cosas con estructuras débiles, como los partidos USA, que solo existen —bueno, existían, snif— cada cuatro años, de manera que no crean aparatos ni pugnas de aparatos. Y, por encima de todo, recordemos que las izquierdas somos, por aquí abajo, d) una minoría. No podemos aportar nuestras ideologías, antiguas y que no excitan a nadie, pero podemos aportar, ayudar, a la construcción de cosas mayores, menos puras, más abiertas y con más posibilidades, siempre que, claro, abandonemos nuestra pureza, la más inútil de las materias. Al inicio de este ciclo político, en 2014, Jaume Miquel calculaba que había una mayoría social descomunal, de más de nueve millones de votantes, no necesariamente de izquierdas, no necesariamente ideologizadas, pero que defendían una ruptura democrática, con todas las letras, en la política y en la sociedad locales, en la vida. A esa mayoría, sumamente sensible a la libertad, la igualdad y la fraternidad, si bien tal vez con otras palabras, igual no hay que aburrirla con nuestras tonterías y palabros, sino tan solo escucharla, no entorpecerla, no evangelizarla. Quizás el gran fracaso de este ciclo, lo que nunca jamás hay que repetir, haya sido eso. No incorporar a nueve millones de personas, con otro léxico, procedentes de la abstención. Poco más.

Todo es posible. Si nos despedimos como personas civilizadas que quieren cuidar de sus hijos. Ya saben: los hijos son esas personas que crecen a tu alrededor, y que tampoco son dueñas de su destino.

Y este era el sentido de esta carta. Agradecerles la paciencia y el interés por plantear este tipo de planes B, inmateriales, carentes de programa, que desde CTXT solemos plantear de manera implícita. Por todo ello, ahí va mi agradecimiento. Muchas gracias.

**Guillem Martínez**